

instrumental de algunos temas.

La sabiduría del exilio, la visión inocente del extranjero, han hecho que Moris descubra o invente una ciudad, Madrid. Que la viva y la pasee descubriendo facetas suyas que a nosotros, acostumbrados a sufrir la existencia en este gran poblado, nos parecen insólitas. Creo que a ningún cantante de aquí se le hubiera ocurrido fijarse en la poesía de Cuatro Caminos o de Tetuán, deambular con ojos brillantes por las avenidas periféricas llenándose la cabeza de los mil ruidos urbanos cotidianos y de los destellos de los semáforos y los anuncios de neón, o descubrir el simple acto de amor de un muchacho y una muchacha en un portal de la calle de Fuencarral. Las letras de Moris referidas a Madrid tienen un cierto estilo a tango arrabalero, un toque de cotidianidad que resulta poética sencillamente porque nos descubre una realidad para nosotros invisible, impensable incluso: la belleza algo triste de los grandes almacenes, con sus escaparates brillando en la noche, la sordidez terrible y "fieramente humana" del viejo que duerme en los portales de los metros. Poesía urbana, que entronca con los tangos, pero también con las historias neoyorkinas de Lou Reed.

El "rock" es uno de los lenguajes musicales de nuestro siglo. Un lenguaje que viene adaptándose y conformándose a la realidad desde hace más de veinte años, y que ha producido monstruos de música y de poesía en la segunda mitad de este siglo. Moris utiliza este medio para contarnos su historia, sin exagerar; esto es, sin poses ni amaneramientos de falsa estrella, con la sencillez digna de un trabajador de la música. En dos números, deja incluso de lado la guitarra eléctrica, y emplea la acústica con habilidad. Entre sus muchas habilidades está también la de tocar el piano; pero esto no lo hace en "Chaou", y es una pena, porque lo toca muy bien y le va al personaje. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Recital de María del Mar Bonet

Una característica, a mi modo de ver, muy positiva de María del Mar Bonet es que su emoción personal no está nunca por encima de la emoción que corresponde a cada una de las canciones que canta. Durante estos años, por las circunstancias generales del país, ha sido normal que muchos cantantes quisieran luchar con la censura enfatizando —en complicidad

con el público— muchas canciones cuya expresividad, tanto literaria como musical, era pequeña. El cantante, por decirlo con otras palabras, contaba más que la canción; era su gestualidad, las frases con que presentaba las canciones, el estado de ánimo que creaba su simple presencia, la pasión con que subrayaba las inevitables claves de cada letra, lo que, en su conjunto, conformaba muchos vibrantes recitales. Históricamente así tenía que ser y con mis palabras no pretendo subvalorar el papel de quienes consiguieron, en momentos en que la expresión se hallaba fuertemente controlada, hacer de sus recitales auténticas manifestaciones de un sector condenado al silencio. Aunque en este punto no estaría de más distinguir lo que pudiéramos llamar el ju-

ciendo malas canciones es obvio que no han ayudado nunca a lo que sus letras proclamaban.

Que María del Mar Bonet no tiene nada que ver con el segundo grupo es evidente. Pero, además, creo que su relación con el primero es también escasa. Aunque el sentido político de su obra es inequívoco, en general su compromiso se desprende de una lectura en profundidad, ajena a ese conjunto de gestos y complicidades que han conformado buena parte de los recitales de "resistencia". Para María del Mar Bonet importa, por encima de todo, la canción concreta que está cantando. El color, el sentido, la emoción específica, de cada canción, perseguidos a través de su musicalidad, es lo que cuenta. Y bien se vio en el re-



María del Mar Bonet, durante su recital en el teatro Bellas Artes de Madrid.

glar cívico —un Labordeta, por ejemplo—, que merece todos los respetos, de los que se arrimaban a la canción política como un medio de justificar una actividad para la que estaban totalmente negados. Basta oír una "cassette" dedicada a canciones de la "Resistencia" —cuyos originales de Raimon, Ibáñez o los Quilapayún son, sin duda, muy estimables tanto política como musicalmente— que anda ahora por el mercado español, interpretada por voces desconocidas, horrorosas, que quisieran disfrazar su catastrófica impotencia con los vivas a la Revolución.

Distinción esta que conviene hacer, porque si los cantantes del primer grupo merecen la consideración, aun dando por hecho que una situación democrática ha de afectar profundamente a su trabajo, los segundos pertenecen, sin más, al grupo de los desorientados o los arrivistos, que cantando mal y

haciendo malas canciones es obvio que no se encierra en un solo tipo de canción. Así, el recital incluyó canciones dramáticas, que nos recordaban el miedo de tantos años —"Que volen aquesta gent"—, canciones claras dedicadas a las islas, otras llenas de humor —"Una noche de baile de máscaras"—, romances como el de "Blancaflor", baladas de un amargo romanticismo, como el "Es fa llarg, es fa llarg esperar", de Pau Riba —que María del Mar cantó con una fuerza extraordinaria—, tonadas arraigadas en el folklore de su Mallorca, como la "canción para sacar agua", canción de trabajo, o la jota con que correspondió a los aplausos que saludaron el final de su programa...

Rigurosa, enfretándose con cada canción, con una resonancia árabe —que la empareja a veces con las formas más nobles

de la expresión popular andaluza—, siempre más cerca de pecar de dureza que de blandura, entregándose a la canción, pero nunca al público, el recital de María del Mar Bonet —espléndidamente acompañada— me parece que es una buena respuesta a las preguntas que hoy nos hacemos sobre el presente y el futuro de muchas voces de la "resistencia". Quien de verdad sea cantante, sobrevivirá, y la política será un componente más de la imagen del mundo recogida en las canciones: la imagen, simplemente, del hombre, en su soledad, en su intimismo y en su realidad social. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

La exposición de Llorens Artigas

En la Galería Maeght, de Barcelona

No he podido acercarme a Barcelona para ver la exposición de cerámica de Pepito Llorens Artigas. Y lo siento verdaderamente, no sólo por la exposición en sí misma que, cuando se trata de obra de Llorens —el mejor ceramista del mundo— siempre es una fiesta, sino también por haber visto una vez más al inefable Pepito, a pesar de lo triste que resulta encontrarse con él en su actual estado físico. Parece que su gran enemigo es eso que se llama "la arterioesclerosis", y así, el pobre Pepito tiene perdidos completamente la memoria, el sentido del tiempo, todo. Recuerdo que la última vez que le vi fue hace dos o tres años, en París y en la exposición Miró. Cuando fui a saludarle, él me dijo: "Oye, me tienes que perdonar... ahora tengo muy mala memoria, ¿sabes?, ¿por qué no te identificas?". Cuando así lo hice, prosiguió él: "Ah, sí, ¿te acuerdas de cuando tomábamos café en el Gijón con Fulano y con Mengano y con Perengano?". Era increíble que pudiera acordarse de recuerdos complicados y que, en cambio, no tuviese ni noción de las cosas elementales.

Allí, en la exposición parisina de Miró, Pepito estaba como flotando, con su eterna sonrisa pícaro de buena persona, pero allí se sentía asistido por su hija, Mariette, y por su hijo, el es-